

CONCLUSIONES GENERALES

Soy un latido en el río de latidos.

Salamandra

La libertad para Octavio Paz no es sólo una realidad ética, sino también estética y política. La creación artística, incluida naturalmente la literaria no se entiende sin la libertad, que no es una extensión del ser humano, al contrario es fundamento de la condición humana. Sin libertades jurídico-políticas como expresión y asociación no hay democracia.

El filósofo del derecho español Luis Recaséns Siches radicado en México después de la terrible guerra civil española, escribió que el hombre es libre albedrío. La libertad no se tiene, forma parte de la naturaleza humana, es parte del ser. Paz nunca visualizó a la libertad como una propiedad, como algo externo, sino como una realidad que le da sentido a la existencia humana.

En el pensamiento de Paz coexisten las disciplinas filosóficas. De ahí que el crítico Miguel Gomes afirmara: “Como en pocos escritores, latinoamericanos o no, en Borges y Paz, la teoría del conocimiento, la ética y la estética se aúnan para forjar un proyecto indivisible”.²³⁰

El poeta es sin duda un pensador que construye su filosofía política a través de diversas ópticas. En la poesía, en el ensayo, en la entrevista, en la conferencia, en el debate, en el discurso,

²³⁰ Gomes, Miguel, “La forma incesante”, *Vuelta*, México, núm. 259, junio de 1998.

Paz habla y escribe con pasión libertaria. Precisamente por eso fue un intelectual controvertido, un príncipe de las letras castellanas que sufrió como otros tantos escritores iberoamericanos la incomprensión de diversos actores de su sociedad: la envidia y el celo de los mediocres, algunos con poderes reales de destrucción. Finalmente contó con el apoyo de sus lectores y oyentes.

Cuando Octavio Paz ganó el Premio Nobel de Literatura en 1990 se consagró mundialmente como artista de la palabra y como esteta, fue un filósofo del arte y también fue un filósofo político inmerso en la realidad estatal mexicana de la que no podemos huir. Conoció los procesos históricos de México, fue un observador comprometido y un actor privilegiado en las relaciones internacionales, un promotor de la cultura y aunque formalmente dejó de ser embajador en 1968, su gran obra es todavía una de las mejores credenciales de nuestro país en el exterior. El célebre escritor se convirtió desde 1969 en un auténtico embajador cultural de México. Todo político e intelectual europeo y americano que se precie de ser culto debe conocer por lo menos lo más importante del pensamiento de Octavio Paz.

El mirador que nos ofrece el poeta mexicano a través de su obra es interesante: el siglo XX tiene en los binóculos del escritor de manera natural una doble impresión visual: la mexicana y la internacional, que se convierte en un tripié político, o dicho con otras palabras: en primer lugar cómo se ve México desde el mundo, en segundo lugar cómo se el mundo desde México y en tercero por supuesto cómo se ve México desde la perspectiva de un mexicano ejemplar: Octavio Paz.

Desde joven denunció la barbarie nazi y sus abominables campos de concentración, y también la barbarie stalinista y sus campos de trabajo forzoso (*Gulag*). No sólo le apasionó la literatura rusa, sino que valoró su aportación para conocer, sobre todo, en el caso de Solzhenitsyn, el drama de la represión aún después de muerto Stalin. Padeció la guerra civil española y las disputas revolucionarias mexicanas.

El escritor mexicano hizo un análisis consistente de los escenarios de fin de siglo. Visualizó el fin de la Unión Soviética cuando todavía gobernaba la gerontocracia y cuando Gorbachov todavía no asumía el control del partido comunista de la URSS y por tanto el poder.

Octavio Paz fue uno de los primeros que en México habló de la necesidad de democratizar al país —uno anterior a Paz, muy importante, fue Jorge Cuesta—, tema que a los socialistas y los comunistas no les interesaba, porque creían que la democracia simbolizaba al poder burgués. Eso además era acorde a las tesis de Marx y Engels y aunque no en el pensamiento de los revisionistas del marxismo que plantearon métodos más civilizados e inteligentes para luchar por el poder. Por otra parte, a los miembros del partido hegemónico mexicano en toda su evolución (PNR, PRM y PRI) la democracia sólo aparecía en los discursos oficiales pero no en las prácticas internas, ni en las sindicales, tampoco en el ámbito de la cultura y el deporte. Sólo algunos intelectuales —entre ellos Octavio Paz— y algunos políticos de la oposición, concretamente del Partido Acción Nacional durante varias décadas exigían la apertura de los medios de comunicación y de las prácticas electorales, en otras palabras, deseaban que la Constitución de 1917 se aplicara en lo que los autores clásicos señalaban desde el siglo XVIII: división y equilibrio de los poderes públicos y respeto a los derechos humanos.

Octavio Paz fue en este sentido —una vez que dejó su devoción por el socialismo que le sedujo en sus mocedades más tempranas— de los intelectuales más consistentes y que demostró valor civil a la hora de hablar en voz alta. Su visión crítica de la política fue tan valiosa y necesaria como su literatura.

Se demandó con más énfasis a finales de la década de los sesenta la división de poderes, el respeto a los derechos humanos y particularmente la libertad de expresión, de imprenta y de asociación. Ya en 1968, estudiantes universitarios hicieron más amplio el espectro de demandas sociales, culturales, educativas y políticas. La represión del gobierno de Gustavo Díaz Ordaz obli-

gó a muchos a tomar una decisión en un camino bifurcado: tomar las armas o buscar por la vía pacífica espacios de inteligencia política o cultural o bien de comunicación en aquel entonces muy reducidos y vigilados. Algunos de los socialistas mexicanos en ese entonces más revisionistas que ortodoxos, vieron en la reforma electoral de 1977 una fórmula válida para intentar abrir más espacios públicos a la democracia y dejar la lucha armada y la clandestinidad que tuvieron costos humanos muy altos en el marco de lo que se ha denominado “guerra sucia”. Aquella reforma electoral que fue imaginada y elaborada en gran medida por el secretario de Gobernación de aquel entonces, Jesús Reyes Heróles, posiblemente el mejor ideólogo del PRI, fue vista como la oportunidad para proyectar una política con bases sociales más amplias y con cierta autonomía ideológica y dejaron así las armas como instrumento de lucha. Todavía en 1977, pocos se atrevían a pensar y a hablar en voz alta sobre democracia. Destacados miembros del Partido Acción Nacional desde sus inicios en 1939 y unos cuantos intelectuales —incluido por supuesto Octavio Paz— y académicos luchaban para que México tuviese una vida pública democrática; sin embargo, fueron una minoría durante algunas décadas y por eso sus voces parecían ecos en un desierto. En 1989 con la creación del Partido de la Revolución Democrática, un sector relevante de la izquierda se reorganizó, pero aún no había unidad ideológica y partidista de todos los miembros llamados progresistas. Fue entonces cuando la izquierda invocó con mayor fuerza y claridad la democratización de México. La crítica de Paz no podía faltar, hora cumplida: “La izquierda en México no es débil porque está dividida, sino está dividida porque es débil”.

No obstante los errores propios de la izquierda mexicana, hay que hacer un balance de las aportaciones del PRD a la vida democrática de México. No hay que olvidar que el surgimiento del PRD es debido en gran medida a la descomunal trampa electoral que hizo el gobierno de Miguel de la Madrid para imponer contra la Constitución y las leyes a su subordinado Carlos Salinas de

Gortari como siguiente titular del Ejecutivo Federal en los comicios del 6 julio de 1988, jornada electoral que tuvo tres días antes huellas de sangre por los dos homicidios cometidos en contra de colaboradores cercanos del candidato del Frente Democrático Nacional (precedente del PRD) Cuauhtémoc Cárdenas.

Empero, el PRD ha sido un partido de caudillos con seguidores a su alrededor más que de cuadros, más de grupos enfrentados que un sólido frente común. No han faltado tampoco en este partido las prácticas de corrupción.

En este sentido noto un cambio en la crítica política de Paz. Si bien siempre tuvo denuncias y reclamaciones al PRI como partido hegemónico, no realizó críticas en el mismo tono a los presidentes de la República en turno. Es lógico, pero sí hay un cambio en la apreciación: para Díaz Ordaz, Echeverría y López Portillo tuvo críticas fuertes. Empero, con De la Madrid, Salinas y Zedillo fue menos beligerante. En mayor o menor medida los seis abusaron del poder, unos hicieron más daño que otros, pero no dejaron al país mejor después de su mandato en relación a cómo lo recibieron.

Octavio Paz fue un hombre político en el sentido aristotélico, su quehacer fue la literatura y su pasión indudablemente la poesía.

A Paz le encantaba el juego dialéctico y su extensa obra es sin duda dialéctica. De ahí que su visión crítica esté influida de filosofía antigua.

Por ejemplo, cuando analiza las dictaduras socialistas se apoya en la filosofía de un neoplatónico:

Proclo subrayó los poderes positivos de la negación, afirmó que la progresión se realiza en relación continua con la regresión y que, incluso, la progresión supone necesariamente la regresión. Por eso, dijo, el Caos no es menos divino que el Orden. Pero teníamos que llegar a nuestra época para encontrar esa sombría caricatura de la *dialéctica* que nos hace llamara *democracias populares* a las dictaduras burocráticas del Este.²³¹

²³¹ Paz, Octavio, *México en la obra de Octavio Paz*, cit., t. III, p. 278.

El asesor culto que le preparó a Vicente Fox su discurso de toma de posesión para ser pronunciado el 1o. de diciembre de 2000 escribió: “La riqueza cultural de México está en su pluralidad. Octavio Paz nos mostró al mexicano encerrado en su laberinto, escondido detrás de su máscara, lastimado por heridas ancestrales que provocaron sometimiento y frustración”.²³²

Octavio Paz consideró en *Corriente alterna* que en los inicios de la modernidad, los revolucionarios eran los filósofos o los intelectuales. En su caso, él como hombre de letras fue un revolucionario: le quitó la máscara a la historia oficial y con ella a los mexicanos, aunque seguimos dentro del laberinto. Laberinto de corrupción, violencia, rezago educativo, pobreza y desesperación. Es verdad, Paz nos quitó la máscara, pero ahora la intensa luz nos lastima. Tratamos de reconciliarnos con nuestro pasado y en ese intento nos atoramos con los problemas presentes derivados de una inapropiada e injusta distribución de la riqueza nacional y de un continuo ejercicio autoritario de poder que ha permeado en la débil democracia, sistema abierto pero que no tiene suficientes demócratas para darle viabilidad.

²³² Citado por Arriola, Juan Federico, *Teoría general de la dictadura*, México, Trillas, 2003, p. 228.